

El trono de David

El Libro Segundo de Samuel recoge la promesa hecha por Dios al rey David a través del profeta Natán: "afirmaré después de ti la descendencia que saldrá de tus entrañas y consolidaré el trono de su realeza. Yo seré para él padre, y el será para mí hijo. Tu casa y tu reino durarán por siempre en mi presencia y tu trono durará por siempre" (2 *Sam* 7,12.14.16).

Dios quiso fundar para David una casa, una línea sucesoria. Esta promesa está en el origen de la esperanza mesiánica: Dios enviará al Rey-Mesías, descendiente de David, para reinar para siempre.

Esta promesa tiene su cumplimiento en Jesucristo. El evangelio de San Lucas recoge el anuncio del ángel Gabriel "a una virgen desposada con un hombre llamado José, de la estirpe de David; la virgen se llamaba María" (*Lc* 1,27).

El ángel le dice a María: "Concebirás en tu vientre y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Será grande, se llamará Hijo del Altísimo, el Señor Dios le dará el trono de David su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin" (*Lc* 1, 31-33).

El plan de Dios se realiza de un modo sorprendente e imprevisto. El Hijo de María será no solo el sucesor de David, sino verdaderamente el Hijo de Dios. A la pregunta de la Virgen: "¿Cómo será eso, pues no conozco varón?", el ángel responde diciendo que su Hijo no tendrá un padre humano, sino que será concebido por obra del Espíritu Santo.

El Hijo de Dios, con la colaboración de María, se hace hombre a fin de instaurar el reino de Dios e introducir a los hombres en él. Con el anuncio del Evangelio se nos invita a nosotros y a todas las naciones a entrar en "la obediencia de la fe" (*Rom* 16,26), acogiendo el proyecto de Dios en nuestras vidas, reconociendo a Jesucristo como nuestro Rey y Salvador.

El papa Benedicto XVI, hablando a los sacerdotes de Roma, relacionaba el encuentro con Jesucristo con el conocimiento de Dios: "El encuentro con Jesús, con esta figura humana, histórica, real, me ayuda a conocer poco a poco a Dios; y, por otra parte, conocer a Dios me ayuda a comprender la grandeza del misterio de Cristo, que es el Rostro de Dios" (22-2-2007).

El Hijo de María, el Rey enviado por Dios, no es una de las grandes personalidades religiosas del mundo, sino que es "el Rostro de Dios", pues Él mismo es Dios hecho hombre. Dios deja así de estar lejos para nosotros, "tiene un Rostro: es el Rostro de la misericordia, el Rostro del perdón y del amor, el Rostro del encuentro con nosotros" (Benedicto XVI).

Junto a María, que ejemplifica la perfecta obediencia de la fe, también nosotros estamos llamados a reconocer en Jesús el Rostro de Dios. Adorando al Rey que se hace Niño en Belén nos dejamos atraer por esa cercanía de Dios que es capaz de transformar nuestros corazones y de renovar el mundo para que, en lugar de una anti-civilización del

aislamiento, de la dura competencia y de la inhumanidad, se extienda la verdadera civilización del amor.

Guillermo Juan Morado.